



GEOGRAFIA
UNIVERSAL

GEOGRAFIA UNIVERSAL

Dirección General

LORENZO PORTILLO SISNIEGA

Dr. Cienc. Económicas

Coordinación General

JESÚS PÉREZ CAVERO

Lic. Cienc. Políticas

Prólogo por el Prof.

LESZEK A. KOSIŃSKI

Secret. Gral. Unión Geográfica Internacional

Catedrático Univ. Alberta (Canadá)



DURVAN, S. A. DE EDICIONES - Bilbao

ÁFRICA

2401

INTRODUCCIÓN

*La crisis de un continente
sumido en el subdesarrollo*

Representativo de la quinta parte de las tierras emergidas, el continente africano encierra en sus cerca de 30,3 millones de kilómetros cuadrados la variedad paisajística que le proporciona su particular disposición en latitud, desarrollada simétricamente a ambos lados del ecuador entre los paralelos 37° 51' N y 34° 50' S. Una diversidad que, al propio tiempo, se refleja en los diferentes formas y sistemas de aprovechamiento llevados a cabo por el hombre en un medio natural caracterizado en amplios espacios por condiciones marcadamente hostiles, que han obligado a un esfuerzo multiseccular de organización y adaptación de la sociedad al entorno con el fin de afrontar el crítico equilibrio siempre planteado entre la población y los recursos. Mas, por encima de las ventajas o servidumbres impuestas por la naturaleza, la trayectoria de África ha de entenderse, ante todo, en función de los comportamientos y tendencias que le imprime su plena y permanente inserción en la órbita de las relaciones coloniales históricamente planteadas entre las posibilidades humanas y económicas del territorio, y los intereses de las potencias europeas, cuyas estrategias han contribuido de forma decisiva a la ordenación del espacio africano de acuerdo con los objetivos que en cada momento han inspirado las directrices básicas de las economías desarrolladas.

Solo de este modo es posible, pues, interpretar aspectos esenciales de la realidad africana contemporánea como son los relacionados con su preocupante situación demográfica, con la desigual utilización de sus recursos naturales, tanto agro-forestales como mineros, con la quiebra de sus sistemas de organización tradicionales o con la artificial fragmentación política del continente, que reproducen en el tiempo las herencias y conflictos legados por la etapa colonizadora. Todo ello justifica, en consecuencia, la inequívoca identidad de África como un testimonio paradigmático del mundo subdesarrollado, en cuyas contra-

dicciones aparece incursa la totalidad del continente, con problemáticas y tensiones aún más pronunciadas que las que caracterizan a otras áreas del mundo igualmente sujetas a las cortapisas derivadas de la dependencia o de la supeditación al impacto sistemático y selectivo de las decisiones exógenas. En suma, el conocimiento de África es indisoluble de los dos grandes factores sobre los que se fundamenta la interpretación de su específica personalidad geográfica: de un lado, las particularidades de su potencial ecológico; y, de otro, los fenómenos asociados a su crecimiento demográfico y a la función desempeñada por el continente en el entramado de las relaciones económicas internacionales.

Un mosaico de paisajes tropicales en una vasta plataforma intensamente desnivelada

2404 A diferencia de las otras grandes masas continentales, la africana se caracteriza, desde el punto de vista geomorfológico, por el hecho de presentar una fisonomía maciza y compacta, bien perceptible en su elevada altitud media (675 m) y en el trazado rectilíneo de su perfil litoral, cuya escasez de indentaciones ha dificultado la existencia de puertos naturales y, por tanto, la accesibilidad desde la costa hacia las áreas del interior. Ello es el resultado de una arquitectura morfológica construida a partir de un gran escudo de rocas paleozoicas, de naturaleza granítica y metamórfica, parcialmente recubiertas por materiales calcáreos del Secundario en los sectores más directamente afectados por las transgresiones marinas, así como por depósitos de origen continental, presentes allí donde el hundimiento del zócalo ha hecho posible la acumulación masiva de sedimentos detríticos durante la era terciaria. En esencia, tanto la distribución de los materiales como su significado geomorfológico obedecen a las repercusiones de una interesante evolución geológica, responsable de la configuración actual del continente.

En efecto, tras la etapa de arrasamiento de las primitivas cordilleras paleozoicas, a la que se debe la formación de las típicas superficies tabulares que, a modo de dilatadas penillanuras, lo singularizan en grandes extensiones, se producen los efectos consecuentes a las intensas alteraciones tectónicas desarrolladas durante el Terciario, causantes de una intensa deformación estructural, cuyas repercusiones son claramente ostensibles en la edificación de las grandes unidades del relieve. Desde una perspectiva general, la tectónica de fractura ha provocado la desnivelación total de la plataforma, dando lugar a la formación de vastas cuencas o cubetas en los sectores central (Chad, Níger, Sudán) y meridional (Congo, Kalahari), posteriormente recubiertas por sedimentos miocenos y convertidas, como espacios subsidentes, en vastas áreas de drenaje aprovechadas por los colectores fluviales. Se trata de depresiones nítidamente individualizadas, separadas entre sí por

bruscas elevaciones del zócalo, ya sea en forma de grandes macizos cristalinos, como sucede en el norte (Aïr, Darfour y, sobre todo, Hoggar y Tibesti, con cumbres próximas a los 3000 m), ya por altas y rígidas plataformas resistentes a la erosión (montes Loma, Fouta Djallon, mesetas de Angola, Zambia y Zimbabwe), o por enhiestos escarpes de materiales volcánicos (montes Drakensberg, 3482 m) en el extremo meridional.

Mas allí donde la fracturación ha sido mucho más intensa y profunda, la acción de la tectónica ha provocado la génesis de importantes fosas desarrolladas en sentido longitudinal a lo largo de millares de kilómetros. Es el caso de la fosa del Camerún-Tibesti, en el borde occidental, a la que están asociados el macizo de Adamaoua y el impresionante como volcánico del monte Camerún (4095 m) y, con singular importancia geológica, de la que se corresponde con el *Great Rift Valley* (Valle de la Gran Depresión) oriental, gran eje de dislocación y fractura que, con una longitud superior a los 7000 kilómetros, se extiende desde el mar Rojo hasta el valle del Zambeze, ocasionando una morfología muy compleja y accidentada. De ello dan fiel testimonio la formación de depresiones lagunares (Victoria, Tanganyika y Nyasa o Malawi), el levantamiento de extensos macizos (Etiópico, de 4620 m en la cumbre de Ras Dashan, y de Ruwenzori, 5120 m), así como la considerable entidad de las manifestaciones de vulcanismo que, si en otros sectores perforan los macizos antiguos o se traducen en el afloramiento de conjuntos insulares (Canarias, Cabo Verde, Comores, etc.), en este hacen acto de presencia en los enhiestos conos eruptivos donde se alcanzan las mayores elevaciones del continente (montes Elgon, Kenya y Kilimanjaro, a 4321, 5200 y 5895 m, respectivamente). En cambio, en el extremo septentrional el relieve de plataforma, prevalente en el resto de África, cede paso a la presencia del único ejemplo del plegamiento alpino: se trata de la cordillera del Atlas, formada como resultado de la colisión de la placa africana con la euroasiática, responsable de la serie de grandes alineaciones magrebíes (Atlas Sahariano, Alto Atlas, Rif), pertenecientes al conjunto de cadenas de plegamiento de la Tierra orientadas en sentido zonal y cuya continuidad hacia el norte aparece en este caso bruscamente interrumpida por los procesos de hundimiento tectónico ocurridos a finales del Terciario en el Mediterráneo sudoccidental.

Sin descuidar la importancia que en ocasiones adquiere el relieve como factor de modificación puntual o a gran escala de los elementos bioclimáticos, es obvio que los rasgos esenciales desde el punto de vista ecológico se hallan directamente relacionados con la ordenación zonal del clima y del paisaje vegetal, de acuerdo con la disposición en latitud del continente, atravesado en su punto medio por la línea del ecuador. Así se explica el bien definido desarrollo que a ambos lados van ofreciendo las sucesivas bandas expresivas de las distintas zonas y dominios característicos del ámbito tropical. A ello responde una diferenciación no basada en las temperaturas, por cuanto la situación en bajas latitudes justifica la existencia generalizada de valores térmicos

elevados, sino ante todo en el desigual reparto de las precipitaciones, en las que, en cambio, son muy marcados los contrastes, tanto en términos absolutos como en el régimen de distribución anual.

La base de partida de esta gradación simétrica, bien perceptible en una clara secuencia ecológica estructurada en sentido meridiano, viene dada por la individualización de un sector perfectamente definido por el dominio ecuatorial, característico del golfo de Guinea y de la cubeta del Congo, cuya personalidad en este sentido obedece a las situaciones de permanente inestabilidad desencadenadas por los efectos dinámicos de la Zona de Convergencia Inter-Tropical (ZCIT), a la que se debe la continuidad de las precipitaciones, que llegan a superar los 2000 milímetros anuales, los altos índices de humedad atmosférica y la reducida amplitud térmica anual, inferior a los tres grados centígrados. En estas condiciones, el ecosistema se identifica con la presencia del *rain forest*, típico paisaje forestal de selva integrado por una gran variedad y profusión de especies vegetales, donde coexisten las de tipo arbóreo —con elevado fuste y relevante significado de las especies de madera dura y noble— con las arbustivas y herbáceas, en un claro ejemplo de fitocenosis densa y estratificada, al amparo de la cual funciona y se organiza una compleja y riquísima vida animal con fuertes relaciones de interdependencia mutua.

A medida que se asciende en latitud, el clima presenta ya variaciones muy sensibles, ligadas a los desplazamientos latitudinales de la ZCIT, razón explicativa de la alternancia estacional de las precipitaciones, lo que implica una marcada contraposición entre un período lluvioso, coincidente con el verano, y otro acusadamente árido, propio de la época invernal. Lógicamente, esta dicotomía pluviométrica se acompaña de un régimen térmico variable, que acentúa las desviaciones a lo largo del año, así como de la aparición de condiciones ambientales limitativas para el desarrollo de la vegetación y de los cultivos, debido a los inconvenientes introducidos por la estación seca, que en el hemisferio norte se agravan por el efecto desecante del viento (*harmattan*), y a los procesos que, bajo estas condiciones, favorecen la alteración estructural del manto edáfico, dando lugar al endurecimiento o laterización de los suelos (suelos ferralíticos).

Así se explica el paisaje de *sabana*, que, evolucionando al compás de los ritmos estacionales, se halla formado por especies arbóreas de escaso porte, a las que acompaña un heterogéneo cortejo de arbustos espinosos y de altas gramíneas, y cuya particular fisonomía solo se modifica allí donde el trazado de los ríos permite la aparición de una franja arbolada (bosque en galería), linealmente extendida a lo largo del curso fluvial. Desde la perspectiva zoológica, la sabana constituye un ecosistema propicio para la existencia de importantes comunidades de carnívoros y herbívoros de gran tamaño, amén de un sinnúmero de aves e insectos, perfectamente acomodados a las particularidades del medio natural. Sin embargo, a medida que la pluviometría desciende o se hace más irregular, situándose por debajo de los 300 milímetros anuales, el paisaje testifica con expresividad el papel determinante de la sequedad,

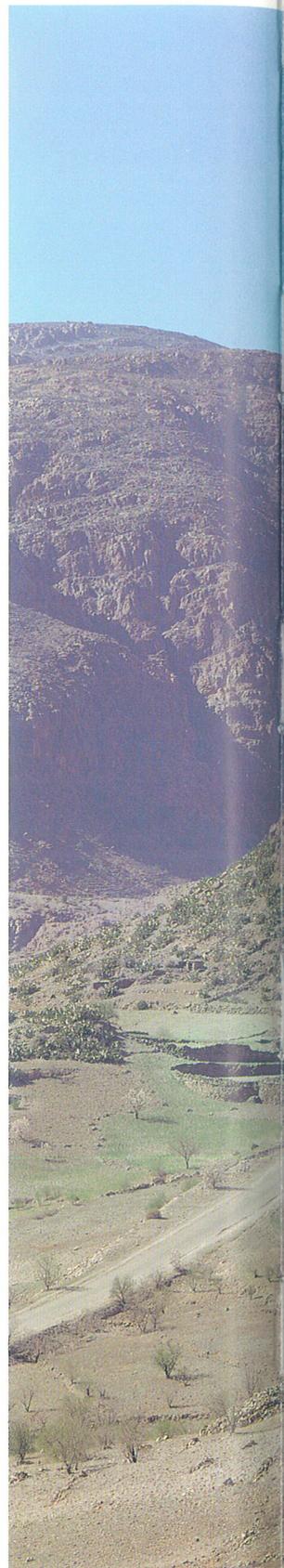
que alcanza su máxima expresión tras la solución de continuidad señalada por la franja de transición de las regiones *sabelienses*, o del Sahel, adscritas a la zona tropical seca.

Por encima de ellas se extiende, en efecto, el espacio totalmente dominado por la aridez, al encontrarse inmerso en el área de acción de las altas presiones tropicales, responsables de la acusada indigencia pluviométrica que la caracteriza. Si la baja humedad relativa justifica la extremosidad de las temperaturas absolutas y, en consecuencia, la fuerte oscilación térmica de la región, el rasgo más distintivo responde a las bajas precipitaciones que, sin alcanzar apenas los 200 milímetros anuales, se suceden además dentro de un régimen de gran irregularidad, no exento de episódicas situaciones torrenciales. Es el dominio del desierto hiperárido, ampliamente representado en el norte, donde el Sahara se individualiza como el más importante escenario desértico del mundo, aunque tampoco habría que olvidar la significación de la aridez en los de Kalahari y Namib, ambos en el hemisferio meridional, donde la carencia de agua se agudiza además como consecuencia de los fenómenos de *upwelling* desencadenados en la costa por las corrientes frías marinas. En todos ellos tanto la vegetación como la fauna evidencian los inconvenientes derivados de la persistente falta de humedad, que fuerza a una adaptación plena de las especies de gramíneas y espinosas dominantes, solo modificada en los puntos donde la existencia de agua esporádica (*ueds, uadis*) o permanente (oasis) permite la aparición de formas de vida vegetal más evolucionadas, entre las que sobresale la posición emblemática de la palma datilera.

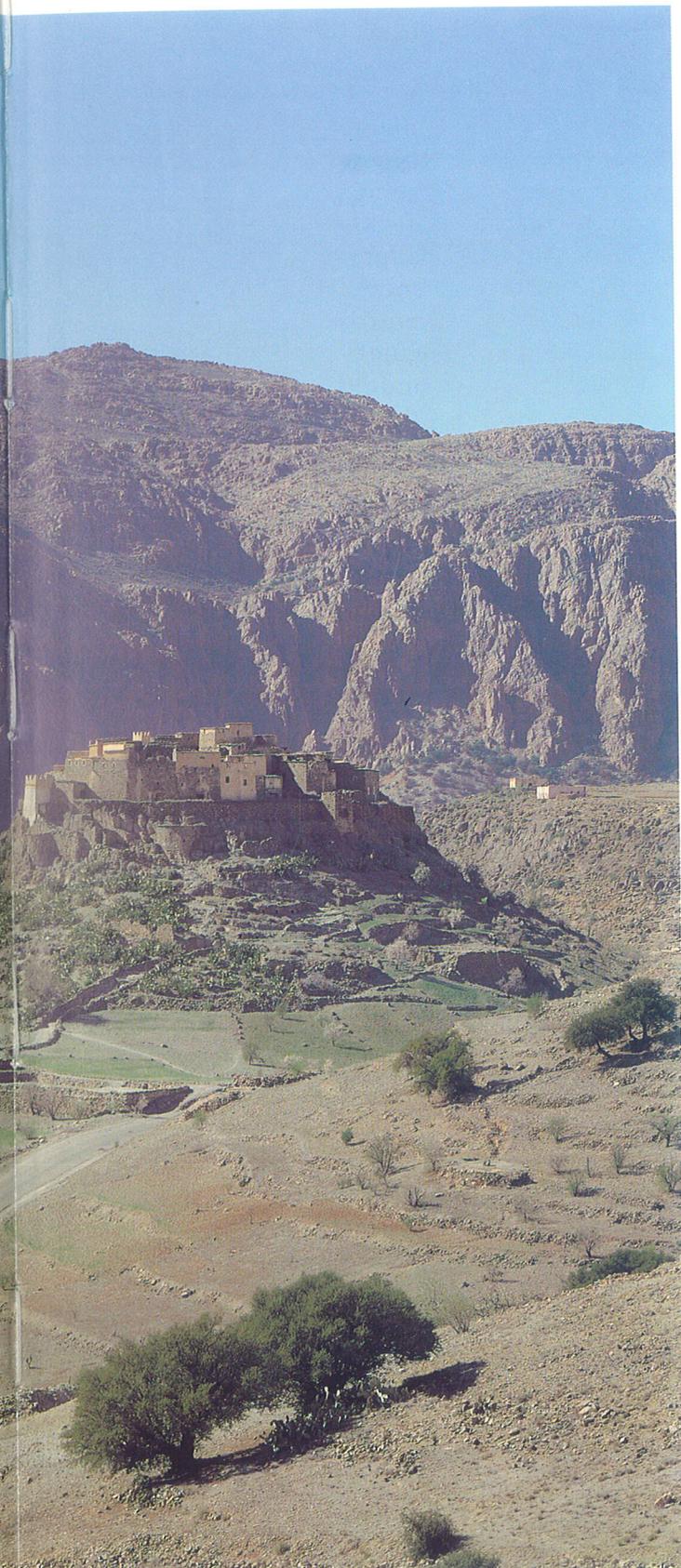
2408

Sin embargo, una vez rebasado el paralelo 30°, el paisaje se asimila a los caracteres propios del clima mediterráneo, que se hace notar claramente en el norte de la región magrebí y en el entorno de Ciudad de El Cabo, merced a la incidencia de las masas de aire procedentes de latitudes medias. La pluviometría, drásticamente reducida en el período estival, se eleva en sus valores anuales, al tiempo que la temperatura se dulcifica respecto a la registrada en los desiertos adyacentes, en tanto que el paisaje vegetal ofrece el muestrario típico de especies esclerófilas (encinas, alcornoques) mediterráneas, cuya degradación tiene su réplica en la abundancia generalizada de las formaciones subseriales, bien reflejadas en los numerosos matorrales xerofíticos (enebros, tuyas, plantas esteparias) y en el avance de las praderas de gramíneas (*veld* en África del Sur).

Como ámbito ecológico singular, las montañas orientales definen un entorno natural de extraordinaria riqueza paisajística, que altera localmente los rasgos de la zona latitudinal a la que pertenecen. La altitud reduce los valores térmicos, a la par que intensifica las precipitaciones, que rebasan los 3000 milímetros anuales y ofrecen en las cumbres la significativa presencia de la nieve. Obviamente, la cobertura vegetal aparece ordenada en una cliserie bien definida, a base de variedades arbóreas y arbustivas específicas de la alta montaña tropical (sabana arbolada, latifolias y epifitos del bosque brumoso, bambúes, brezales arborescentes, senecios, lobelias, praderas de altura), que des-



Poblado beréber, encaramado a un otero, en un valle del AntiAtlas marroquí.



DIVISIÓN POLÍTICA

País (<i>capital</i>)	km ²	Habitantes
Angola (<i>Luanda</i>)	1 246 700	10 015 000
Argelia (<i>Argel</i>)	2 381 741	24 890 000
Benin (<i>Porto-Novo</i>)	112 622	4 758 000
Botswana (<i>Gaborone</i>)	600 372	1 300 999
Burkina Faso (<i>Ouagadougou</i>)	274 122	8 760 000
Burundi (<i>Bujumbura</i>)	27 834	5 451 000
Cabo Verde (<i>Praia</i>)	4 033	360 000
Camerún (<i>Yaoundé</i>)	475 442	11 540 000
Centroafricana, República (<i>Bangui</i>)	622 984	3 040 000
Comores (<i>Moroni</i>)	2 171	551 167
Congo (<i>Brazzaville</i>)	342 000	2 260 000
Costa de Marfil (<i>Abidjan/Yamous-soukro</i>)	322 463	12 100 000
Chad (<i>N'Djamena</i>)	1 284 000	5 540 000
Djibouti (<i>Djibouti</i>)	23 200	484 000
Egipto (<i>El Cairo</i>)	1 001 449	53 080 000
Etiopía (<i>Addis Abeba</i>)	1 221 900	49 513 000
Gabón (<i>Libreville</i>)	267 667	1 226 000
Gambia (<i>Banjul</i>)	10 269	875 000
Ghana (<i>Accra</i>)	238 537	14 925 000
Guinea (<i>Conakry</i>)	245 852	6 710 000
Guinea-Bissau (<i>Bissau</i>)	36 125	966 000
Guinea Ecuatorial (<i>Malabo</i>)	28 051	417 000
Kenya (<i>Nairobi</i>)	580 367	24 078 000
Lesotho (<i>Maseru</i>)	30 355	1 720 000
Liberia (<i>Monrovia</i>)	111 370	2 436 000
Libia (<i>Trípoli</i>)	1 759 540	4 400 000
Madagascar (<i>Antananarivo</i>)	587 039	11 602 000
Malawi (<i>Lilongwe</i>)	118 484	7 982 607
Malí (<i>Bamako</i>)	1 240 192	9 089 000
Marruecos (<i>Rabat</i>)	458 730	24 370 000
<i>Sabara Occidental*</i> (El Aaiún)	300 000	163 868
Mauricio (<i>Port Louis</i>)	2 040	1 091 682
Mauritania (<i>Nouakchott</i>)	1 030 700	1 969 000
Mayotte (<i>Dzaoudzi</i>)	376	77 600
Mozambique (<i>Maputo</i>)	799 380	16 110 000
Namibia (<i>Windhoek</i>)	823 145	1 288 000
Níger (<i>Niamey</i>)	1 267 000	8 040 000
Nigeria (<i>Abuja</i>)	923 768	88 500 000
Reunión (<i>Saint-Denis</i>)	2 510	597 823
Ruanda (<i>Kigali</i>)	26 338	6 710 000
Santa Elena y Dependencias (<i>Jamesstown</i>)	410	6 959
Santo Tomé y Príncipe (<i>Santo Tomé</i>)	964	110 000
Senegal (<i>Dakar</i>)	196 722	7 170 000
Seychelles (<i>Victoria</i>)	455	67 368
Sierra Leona (<i>Freetown</i>)	71 740	4 140 000
Somalia (<i>Mogadiscio</i>)	637 660	7 560 000
Swazilandia (<i>Mbabane</i>)	17 363	761 000
Sudán (<i>Jartum o Khartoum</i>)	2 505 810	24 480 000
Sudafricana, República (<i>Pretoria</i>)	1 221 037	36 025 000
Tanzania (<i>Dodoma</i>)	945 087	24 739 000
Togo (<i>Lomé</i>)	56 785	3 400 000
Túnez (<i>Túnez</i>)	163 610	7 745 500
Uganda (<i>Kampala</i>)	236 860	18 442 000
Zaire (<i>Kinsbasa</i>)	2 344 855	38 545 000
Zambia (<i>Lusaka</i>)	752 814	8 500 000
Zimbabwe (<i>Harare</i>)	390 759	9 600 000

* Territorio ocupado por Marruecos, cuyo *status* definitivo está pendiente de la celebración del referéndum previsto por la Resolución 690, aprobada en abril de 1991 por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Tramo del Nilo Victoria en tierras de Uganda, donde ha dejado ya atrás su primera infancia como Nilo Kagera, pero aún le quedan por recorrer la mayor parte de los 6671 kilómetros que hacen de él el río más largo del mundo.

aparecen a partir de los 4500 metros, donde se inicia ya el piso totalmente desprovisto de vegetación.

Pero su interés radica también en el hecho de constituir el gran nudo hidrográfico del continente y el área de alimentación de sus principales arterias fluviales. Si más de la tercera parte de África aparece como un espacio arreico o surcado por cursos intermitentes sin avenamiento hacia el mar, tal y como sucede en la mayor parte de la superficie ocupada por los desiertos, no cabe dudar de la importancia esencial que desempeñan las áreas montañosas en la corrección de estas limitaciones. Es el caso del Atlas, fundamento de los cortos e irregulares ríos de Marruecos; del macizo del Fouta Djallon, origen de los caudales del Níger y del Senegal; del gran escarpe del Drakensberg, del que emanan las aguas del Orange; pero, sobre todo, de las grandes elevaciones orientales, de donde parten los flujos que dan lugar al Nilo, al Congo o Zaire y al Zambeze, los cuales, junto con el Níger, vertebran los principales sistemas hidrográficos africanos. Cursos dotados de gran regularidad y potencia en sus caudales, representan a su vez elementos de valor decisivo en el aprovechamiento humano del espacio, más como soporte de la actividad agraria o de la producción eléctrica que como vías de comunicación, al encontrarse esta dificultada por las discontinuidades y rupturas topográficas que resultan de la intensa accidentación del relieve.

2410 Crecimiento poblacional y ocupación humana del territorio

El estudio de la evolución demográfica africana tropieza con las imprecisiones estadísticas que entorpecen el conocimiento fidedigno de su trayectoria en el tiempo. Sin olvidar los efectos traumáticos provocados por el comercio esclavista, que se mantuvo hasta finales del siglo XIX, es evidente que la fragmentación colonial, la existencia de comunidades deficientemente evaluadas a este respecto y el escaso rigor de las estimaciones realizadas, justifican que prácticamente hasta el siglo XX no haya sido posible disponer de referencias fiables capaces de permitir un análisis riguroso de las diferentes etapas que han jalonado su evolución. Tomando los datos estimados por Naciones Unidas, se calcula que hacia 1900 el continente estaba habitado por 120 millones de personas, cifra que había de experimentar una progresión muy débil hasta los años cincuenta, cuando la población alcanzaba apenas los 200 millones, para experimentar desde entonces un fortísimo y continuado incremento, que desde 1990 sitúa los efectivos humanos por encima de la cota de los 600 millones de personas, equivalentes a cerca del 12 por ciento de la población mundial.

Este avance tan espectacular de la población africana desde mediados de siglo hasta nuestros días aparece como el resultado del importante y drástico cambio ocurrido en la dinámica natural de la población, que, aunque con cierto retraso respecto a otras áreas del mundo



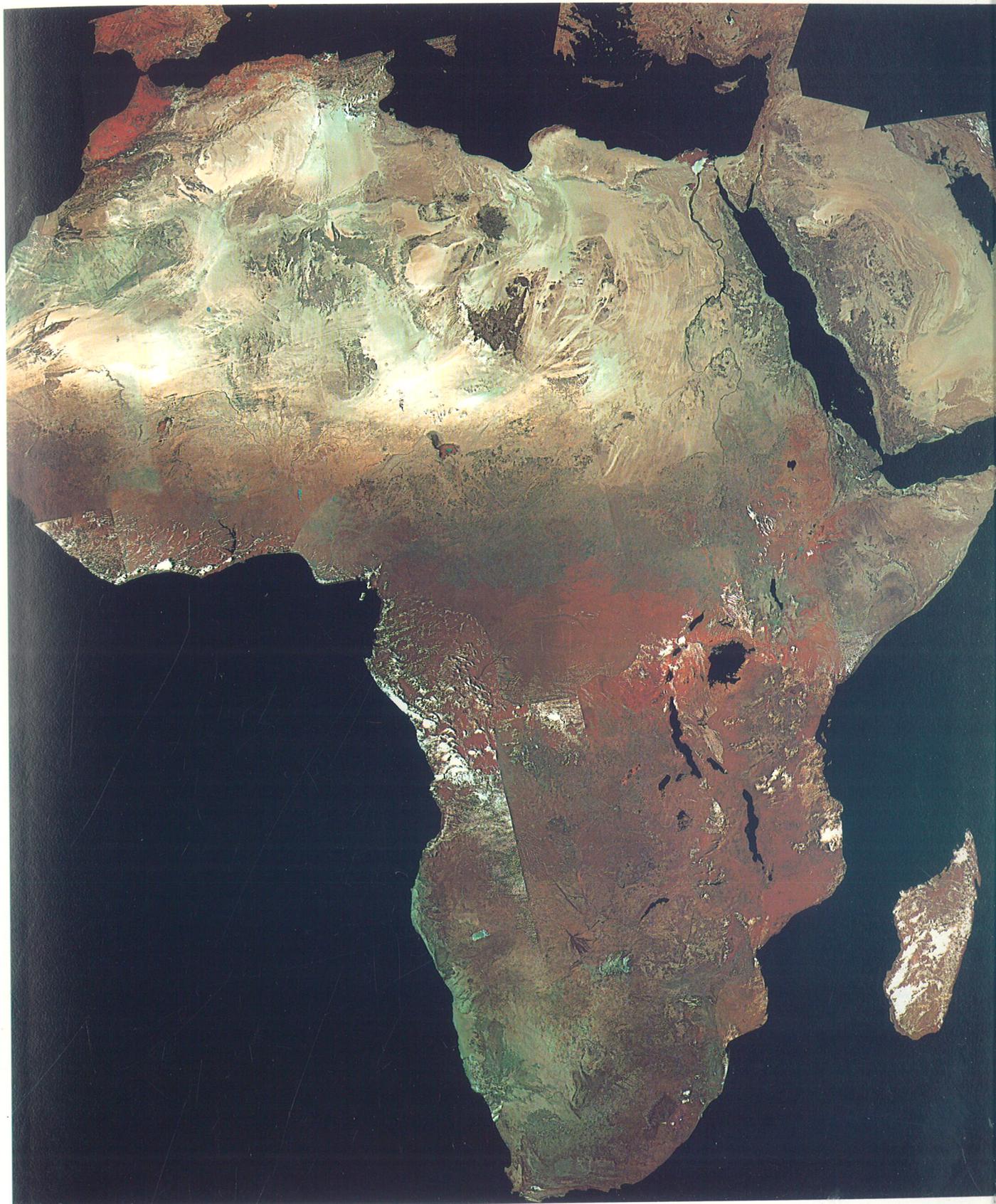
subdesarrollado, se manifiesta en África con especial relevancia cuantitativa. El paso rápido y generalizado de un comportamiento de tipo antiguo a un régimen de transición constituye el factor desencadenante de la progresión demográfica hasta umbrales hasta entonces inusitados. Pues, en efecto, si en el primer caso las tasas de incremento registradas oscilaban, con muy ligeras variaciones, en torno al 0,5 por ciento anual, la caída brusca de la mortalidad (por debajo del 20 ‰ desde los años sesenta), manteniéndose apenas invariable el índice de nacimientos (con mucha frecuencia superior al 38 ‰), determina la aparición de un balance muy elevado, que anualmente sobrepasa en la mayoría de los países los dos puntos (porcentuales) de crecimiento, provocando, en consecuencia, el aumento acelerado de los censos poblacionales.

Como es lógico, ello incide directamente en los rasgos estructurales de la población y en el desigual reparto de los efectivos humanos en el espacio. De forma especialmente llamativa destaca la configuración de una pirámide poblacional marcada por el extraordinario peso comparativo de los niveles de edad más bajos. Y, aunque la esperanza media de vida haya pasado de los 47 a los 62 años entre 1960 y 1990, la incidencia en el conjunto de los estratos más altos queda neutralizada por el hecho de que más del 40 por ciento de los habitantes tienen menos de 15 años, circunstancia que, a la vez, se intensifica ante la reducción observada en la mortalidad infantil, lo que contribuye —pese a las limitaciones aún existentes en este sentido— a reforzar la importancia relativa de los grupos situados en la base misma de la pirámide.

Este fenómeno es, por otro lado, sincrónico con los dinamismos observados en la distribución geográfica de la población, que no ha cesado de afianzar el sesgo preferente de determinados espacios como ámbitos selectivos para la instalación humana. Tratándose, sin embargo, de un continente débilmente ocupado —la densidad media tan solo alcanza los 20 h/km²—, los contrastes son notorios al comprobar que las tres cuartas partes de la población se localizan en apenas el quince por ciento del territorio, en franca disarmonía con la desolación dominante en el resto, que cobra su máxima ejemplaridad en los desiertos como auténticos e inmensos vacíos humanos. De ahí la existencia de áreas de ocupación perfectamente delimitadas, que, en líneas generales y salvo puntos muy concretos del interior, coinciden fundamentalmente con el valle del Nilo, con el golfo de Guinea y con la franja magrebí, por más que en todos los casos se observe una tendencia a la concentración humana a lo largo de la costa, donde no son infrecuentes las densidades superiores a los 200 h/km², las cuales llegan a cuatriplicar esta cifra en el delta del Nilo (Egipto), escenario de la mayor aglomeración humana de África.

Ciertamente, este proceso de polarización espacial se ha visto acentuado al compás de la expansión urbana, también decantada claramente a favor de las áreas litorales. Y es que la grave crisis en que se hallan sumidas las formas de vida rurales ha traído consigo, como en el conjunto de las áreas subdesarrolladas, la hipertrofia de las ciudades, con-

África a vista de satélite. Al norte queda el mar Mediterráneo; al este, bajo el mar Rojo, están el *Cuerno de África* y, más al sur, la gran isla de Madagascar. A occidente, sobre el amplísimo golfo de Guinea, brilla la limpia atmósfera del Sahara.



vertidas a lo largo de las últimas décadas en los puntos de máximo dinamismo, hasta hacer de los históricos enclaves de implantación política o de relación comercial, instituidos durante la etapa colonial, los focos hacia los que afluyen masivamente los desplazamientos migratorios, sin que este proceso haya culminado aún en toda su magnitud previsible. De este modo, en torno al 40 por ciento de la población africana reside hoy en núcleos urbanos (15 % en 1960), tendencia de la que participan prácticamente todos los países, cuya capital administrativa aglutina una fracción cada vez mayor de sus respectivos contingentes nacionales. En este contexto, el paisaje urbano acusa ostensiblemente las huellas de un crecimiento desmesurado y errático, dando lugar a la aparición de una profunda dicotomía entre las áreas residenciales, heredadas de la tradición urbana colonial, y los barrios degradados, donde la población inmigrante se hacina en ínfimas condiciones de calidad de vida. Tan solo las ciudades árabes introducen una nota de disconformidad con estos caracteres, en virtud de una dinámica urbana que ha logrado preservar, en gran parte, las manifestaciones típicas del urbanismo musulmán, favoreciendo una expansión periférica no asimilable a los niveles de deterioro registrados en el África subsahariana.

Un aprovechamiento selectivo del potencial económico

2414

Desde una perspectiva general, la participación de África en la economía mundial arroja valores escasamente representativos. Frente a la mayor importancia relativa ostentada por Asia o América Latina, el continente que nos ocupa contribuye con apenas el cuatro por ciento al producto bruto de la Tierra, en tanto que su presencia en el comercio internacional queda limitada a poco más del seis por ciento del valor total de las transacciones mercantiles. Se trata, pues, de valores reducidos, que revelan, contemplados globalmente, una posición de cierta marginalidad, ajenos a los niveles de progresión detectados en otros escenarios del mundo subdesarrollado.

Sin embargo, cuando se analizan en detalle el funcionamiento y las tendencias de la realidad económica africana, aparecen síntomas inequívocos de integración en el sistema mundial de intercambios y relaciones desarrollados a gran escala. Y es que, a pesar de que su incorporación a las directrices de la economía mundial es tardía, pues de hecho no se materializa de manera efectiva hasta finales del siglo XIX, coincidiendo con la delimitación de las grandes áreas de influencia europeas, no cabe duda de que desde entonces se asiste al despliegue de numerosas iniciativas encaminadas a la apropiación de las posibilidades económicas del continente africano, en un afán decidido por rentabilizar aquellas actividades mejor acomodadas a los principios que regulan la división internacional de la producción y del trabajo. De este modo se explica el desarrollo de un sistema de intervención orientado en dos direcciones primordiales.

La primera de ellas se corresponde con el decidido propósito de aprovechar al máximo las potencialidades agrarias y forestales de las regiones más idóneas desde el punto de vista ecológico. Se pasa así de un usufructo tradicionalmente basado en la caza y en el comercio del marfil a otro de nuevo tipo que centra sus objetivos en la creación de grandes explotaciones, localizadas en los sectores óptimos con el fin de favorecer el fomento de la agricultura de plantación con destino casi exclusivo a los mercados exteriores. Es la razón que justifica el empleo intensivo de cultivos de exportación tan característicos como el cacao, el cacahuete, el café, la palma de aceite, el algodón, la piña, el plátano o los agrios, que constituyen para muchos países la base esencial de sus relaciones comerciales con el extranjero, por más que en la mayor parte de los casos la dinámica de estas producciones se halle directamente vinculada al control de grandes compañías extranjeras y a las fluctuaciones de su cotización en los mercados internacionales. En el mismo sentido, cabría abundar en el alto predicamento alcanzado por la explotación del caucho y, en especial, de las maderas nobles, extraídas de los bosques existentes en el dominio ecuatorial, los cuales son objeto de un tratamiento forestal sistemático tendente a estimular el desarrollo selectivo de las especies más apetecidas por la demanda exógena. Y, por supuesto, tampoco habría que olvidar la importancia otorgada a los riquísimos caladeros de pesca del África atlántica, ubicados en la costa sahariana y en el extremo meridional (sector de Namibia-Angola), donde se localiza uno de los espacios ictiológicos más relevantes del mundo.

2415

A idénticas premisas obedece, por otro lado, la utilización de los recursos mineros y energéticos, especialmente de aquellos en los que África ocupa un lugar preeminente a nivel internacional. El hecho de concentrar un elevado porcentaje —superior a la cuarta parte— de las reservas mundiales de hierro, bauxita, cobre, cromo, manganeso, cobalto, fosfatos, oro, platino y diamantes ha supuesto un factor de atracción inversora de primer orden, que ha cristalizado en la implantación de poderosas sociedades mineras, de filiación europea y norteamericana, convertidas a menudo en agentes, también de primer orden, en la formulación de las políticas económicas nacionales. Y, aunque en el campo de la energía la presencia del sector público sea más destacada, no menos palmarias son las conexiones que vinculan con los centros de decisión mundial a los grandes países productores (Argelia, Libia y Nigeria en petróleo y gas natural, Níger, Sudáfrica y Gabón en la minería del uranio).

En cualquier caso, el aprovechamiento a gran escala de esta considerable riqueza natural no se ha visto compensado con la resolución de sus indudables limitaciones agrarias ni con el despegue de un auténtico proceso industrializador. Frente al indudable peso adquirido por la agricultura de plantación, los espacios donde esto no ha sido posible permanecen acantonados en un estadio de acusada indigencia en el uso de la tierra, agravada por la aridez, por las disfuncionalidades tecnológicas o por la marginación respecto a los programas de inver-

sión nacionales, que relegan la readaptación y reforma del sector a un plano secundario. De ahí la grave situación en que se desenvuelven las agriculturas de subsistencia, mayoritarias a escala general y en las que la pretensión de establecer una complementariedad armoniosa entre la agricultura y la ganadería se ha visto seriamente mediatizada por los factores señalados, dando lugar en ocasiones a un problema de desabastecimiento, acompañado del hambre y la enfermedad.

En cuanto a las perspectivas de dinamización industrial, cabe enfatizar que los intentos llevados a cabo en esta dirección han sido tan esporádicos en el tiempo como restringidos en el espacio. Eminentemente considerado como un territorio productor de materias primas y como área de demanda para las manufacturas europeas, las perspectivas para impulsar la actividad transformadora han quedado en su mayor parte circunscritas a los niveles más elementales del ciclo productivo, ante la dificultad de disponer de una plataforma adecuada para la configuración de un aparato industrial consistente. No en vano la debilidad de las rentas y la estrechez de los mercados nacionales, por un lado, así como la precariedad de las infraestructuras de servicios o la falta de cuadros técnicos y de mano de obra cualificada, por otro, determinan la aparición de fuertes servidumbres funcionales, que otorgan escasa viabilidad a los programas de industrialización acometidos con no poco voluntarismo por parte de algunos estados. Bastaría recordar las frustraciones acumuladas, por ejemplo, con los proyectos industrializadores acometidos por Argelia —a partir del modelo de *industrias industrializantes*— o por Costa de Marfil —apoyado en el empleo masivo de sus recursos financieros— para entender hasta qué punto el porvenir industrial de África tropieza con obstáculos estructurales que hunden sus raíces en la propia desarticulación económica de la mayoría de los países, incluso de los que han logrado disponer de una base de recursos asentada en la producción petrolífera. Y es precisamente esta falta de integración la que genera situaciones de bloqueo muy difícilmente superables en un contexto en el que los proyectos de coordinación supranacional han resultado fallidos.

Los débiles e insuficientes cambios operados en las actividades ligadas a la producción explican la persistencia de una población activa con marcados rasgos de arcaísmo. El peso dominante del llamado sector primario como aglutinante de más de la mitad de las personas activas, eclipsa por completo la entidad de quienes se ocupan en las tareas transformadoras (20 %), aunque bien es cierto que el proceso de urbanización tiende a favorecer el incremento del sector terciario, que en la actualidad representa casi la tercera parte de la actividad laboral. Mas, en realidad, se trata de un terciario muy contrastado, ya que, haciendo salvedad de una fracción minoritaria, su importancia responde al auge que le proporciona el robustecimiento de las funciones administrativas y, sobre todo, a la proliferación de una trama de servicios *informales*, de muy escasa o nula cualificación, propios de la economía irregular a la que propenden con fuerza extraordinaria las formas de vida urbanas en las sociedades subdesarrolladas.



Inciertas expectativas de futuro

Cuando nos aproximamos al conocimiento de la realidad africana surgen de inmediato toda una serie de indicadores que inducen al pesimismo o, en todo caso, al reconocimiento de las numerosas problemáticas que en nuestros días afectan al continente. En principio, el aspecto que mejor ejemplifica la gravedad de su situación actual es el que nos remite a los bajísimos umbrales de renta alcanzados. Si a comienzos de los noventa la cifra media situaba esta variable en unos 880 dólares por habitante y año, su consideración en términos específicos esclarece sin paliativos el valor generalizado de la postración económica. Solo unos once países, en los que tan solo reside un séptimo de la población total, superan o rondan el techo de los 1000 dólares, tratándose de territorios de muy escasa significación demográfica (como Reunión, Seychelles, Mauricio, Djibouti, Namibia), o de estados que cuentan con una importante riqueza natural (Libia, Gabón, Argelia, Sudáfrica, Camerún). La distancia con relación al resto aparece, por el contrario, ostensible cuando se comprueba que los dos tercios del contingente humano no alcanzan siquiera los 500 dólares, en tanto que por debajo de los 300, listón estimativo de la pobreza, aparecen registrados dieciocho estados, que albergan un tercio de la población. Más aún, el hecho de que los últimos lugares de la clasificación mundial correspondan a países africanos (Somalia, Zaire, Chad, Malawi, Tanzania, Guinea-Bissau, Etiopía, Mozambique) es una prueba fehaciente e inequívoca de que buena parte de África se identifica con lo que se ha venido en denominar «el subdesarrollo del subdesarrollo».

2418

Tras estas valoraciones estadísticas subyacen fenómenos de segregación que esclarecen la envergadura de los problemas a que se ve enfrentada la sociedad africana. Aunque espacialmente existan contrastes notorios, que obligan a un tratamiento desglosado de los diferentes aspectos, no cabe duda de que, entre las cuestiones más acuciantes, destacan aquellas que en determinados ámbitos presentan una dimensión generalizada. Preocupantes son, sin duda, la persistencia e incluso intensificación de las situaciones de hambruna que afectan a amplias comunidades en las regiones donde al agravamiento de la aridez se suma un empleo irracional de los recursos disponibles. En el mismo sentido, cabría abundar en las enormes deficiencias en sanidad, reflejadas en las altas tasas de mortalidad infantil —que en el África subsahariana representan un índice medio del 108 ‰—, o en el hecho de que casi la mitad de la población no tenga acceso a la salud pública, lo que testimonia la existencia en una dotación sanitaria muy precaria, responsable de la gravedad que adquieren las enfermedades epidémicas, de fácil y muy rápida transmisión en grupos humanos carentes de asistencia preventiva y en las que, además, el abastecimiento de agua potable constituye un privilegio de apenas la tercera parte de los habitantes.

En buena medida, estas carencias en servicios elementales son el corolario de estructuras económicas y sociales sumidas en una crisis que no ha cesado de intensificarse. Desde el punto de vista económi-

co, el aspecto más revelador remite al progresivo incremento de la deuda exterior, que, multiplicada por 19 entre 1970 y 1990, alcanza uno de los ritmos de elevación más acusados del mundo y provoca una dinámica de bloqueo financiero que paraliza la operatividad de las estrategias de crecimiento. Máxime si se tiene en cuenta que desde 1987 la deuda externa ha llegado a absorber más del 80 por ciento de la riqueza africana, representando el 282 por ciento de los ingresos por exportación; en algunos casos este índice —1562 % en Sudán, 1726 en Mozambique, 1988 en Somalia— alcanza niveles verdaderamente espectaculares. Solo así se explica el fracaso de numerosos programas de desarrollo agrario, la imposibilidad de abordar iniciativas industrializadoras o de mejora de la red de servicios, y la acentuación del desempleo, que afecta a cerca de 120 millones de personas y estimula las corrientes migratorias de trabajadores con destino a la Europa occidental. Y, desde la perspectiva social, son bien conocidos los conflictos que amenazan a una sociedad fragmentada en etnias y grupos raciales diversos, con serias dificultades de integración. Si tales inconvenientes quedan diluidos en los países árabes, por mor de la cohesión que aporta la pertenencia al mundo islámico, no son infrecuentes, en cambio, las tensiones ocurridas entre los numerosos grupos étnicos negros, que a menudo culminan en violentas agresiones tribales, o, con mayor crudeza aún, las que en el ámbito sudafricano reproducen las lacras derivadas de la segregación racial introducida y aplicada hasta 1991 por los grupos de origen europeo, detentadores del poder político y económico.

Problemas actuales o heredados, todos ellos constituyen la expresión de una realidad convulsiva, que mucho tiene que ver con las contradicciones legadas por la división política del continente. Resueltas en el Congreso Internacional de Berlín (1884-85) las discrepancias surgidas entre las potencias europeas colonizadoras, mediante la fijación de las respectivas *zonas de influencia*, la intervención europea no hizo sino compartimentar artificialmente el espacio africano de acuerdo con criterios exclusivistas y eurocéntricos, poco sensibles a las particularidades culturales de las sociedades colonizadas. La emergencia del nacionalismo en los años posteriores a la II Guerra Mundial desencadenó un proceso de emancipación que sucesivamente fue cristalizando, no sin traumas en muchos casos, en la génesis de los modernos estados, cuyas fronteras sancionan los límites aparentemente consolidados en la etapa colonial. Pero las pretensiones de lograr la configuración de estados unitarios son a menudo tan baldías como las que contemplan la posibilidad de alentar los planteamientos *panafricanistas*, en un intento consciente, como subrayaba el ghanés K. Nkrumah, uno de sus principales portavoces, de evitar que el micronacionalismo favoreciese la implantación de las posiciones neocolonialistas, hasta esterilizar las potenciales ventajas auspiciadas por la consecución de la independencia. El rotundo fracaso de esta postura será concomitante con la reafirmación de países que, a menudo de reducido tamaño o con difícil voluntad integradora, han de adolecer desde sus orígenes de falta de auténtica viabilidad económica. La inestabilidad política, a menudo culminante

en la guerra civil o en el golpe de estado como mecanismo sistemático de apropiación del poder, marcará sin interrupción la vida política africana hasta nuestros días, siempre en detrimento de las poblaciones y de la eficacia de cualquier voluntad o intento de progreso —aunque en los años noventa empiecen a abrirse camino el multipartidismo y comicios más o menos libres.

2420

Siendo esta la tónica dominante, el rasgo más distintivo de la trayectoria de África desde la independencia, cabe preguntarse sobre la efectividad de las iniciativas que, pese a este panorama, persiguen cimentar las bases de la cooperación supranacional. Reconocidas las limitaciones de la Organización para la Unidad Africana (OUA), fundada en Addis Abeba en 1963 e incapaz de resolver el sinnúmero de tensiones que han jalonado la historia reciente del continente, ¿qué futuro aguarda a las más de 200 organizaciones de cooperación regional existentes en la actualidad? Una proliferación sin duda desmesurada, que atomiza las posibilidades de abordar con decisión el ensamblaje y la articulación de proyectos compartidos. Si ya sabemos hasta qué punto la construcción del Gran Magreb ha resultado una quimera, pese a las reiteraciones y propósitos en tal sentido de que hacen gala los dirigentes árabes, no es más optimista el balance logrado por los planes concebidos para la integración de los mercados, habida cuenta que, a tenor de las comprobaciones efectuadas, la participación del comercio intrarregional en el conjunto de los intercambios apenas ha progresado, manteniéndose en valores similares a los de hace veinte años. La razón no podría ser otra que la que abunda en el papel condicionante de las disparidades que de forma crónica enfrentan a unos países con otros, amén de los recelos y desconfianzas mutuas que los disgregan entre sí, cercenando en la práctica las virtualidades teóricas de una cooperación económica efectiva, casi siempre sacrificada al mantenimiento de vínculos preferenciales con las antiguas metrópolis o, cuando estas declinan, con los grandes centros del poder económico mundial.

FERNANDO MANERO MIGUEL
Catedrático de Geografía Humana
de la Universidad de Valladolid